

Ancient Egyptian Imperialism

Ellen Morris (2018).

Hoboken, New Jersey: Wiley-Blackwell, 308 páginas.

ISBN 978-1-405-13678-5



Augusto Gayubas

Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Según afirma la autora en la introducción (pp. 1-9), la diferencia de este libro con su trabajo previo sobre el imperialismo egipcio (Morris, 2005) radica en que el actual no está destinado específicamente a egiptólogos y especialistas en el Cercano Oriente antiguo (como sí lo estaba el anterior, que además trataba exclusivamente sobre el Reino Nuevo), sino que se orienta a un público más amplio que involucra tanto a aquellos interesados en el antiguo Egipto como a quienes cobijan inquietudes respecto a la forma imperial en un sentido más general.

El libro consta de nueve capítulos que, tal como se explicita en la introducción, obedecen a temas centrales en torno a la problemática del imperio, cada uno de ellos “explorado en profundidad en un tiempo y espacio particulares de la historia de Egipto” (p. 3), abarcando un arco temporal que ocupa desde mediados del IV milenio a.n.e. hasta fines del II milenio a.n.e. A ello se añade un epílogo que ofrece un ejercicio de interpretación sobre la época de Amarna.

En diálogo con estudios conducidos no sólo desde la egiptología y la historia antigua, sino también (y sobre todo) desde la ciencia política, la historia comparada y la antropología, y sin privarse de recurrir a los enunciados de pensadores clásicos y modernos sobre guerra y política, los contenidos de esta obra materializan la intención de la autora de eludir una clasificación tipológica rígida y reconocer, en cambio, el carácter complejo y dinámico de la entidad imperial. Para ello, concentra la atención en lo que llama la “naturaleza experimental del imperialismo”, evaluando los distintos períodos de la historia del antiguo Egipto a partir de sus respectivos proyectos y experimentaciones imperiales. El presupuesto, en este sentido, es que los imperios son, siguiendo una definición holgada de Carla Sinopoli, entidades políticas “geográfica y

políticamente expansivas, compuestas de una diversidad de grupos étnicos y comunidades localizadas” (p. 12).

En el primer capítulo (“Trade Before Empire; Empire Before the State (c. 3500-2686)”, pp. 11-38) se argumenta que las dinámicas comerciales que caracterizarían a la “economía de bienes de prestigio” de la fase Nagada II del período Predinástico, conectando el Alto Egipto con la Baja Nubia en el sur y con el Bajo Egipto y Canaán (vía Maadi) en el norte, habrían estimulado una “ambición imperial” altoegipcia. Tras consolidarse la soberanía de los gobernantes de Abydos sobre las demás entidades políticas de la región mediante una unificación del Alto Egipto, conseguida como resultado de guerras caracterizadas como “internas”, la ambición imperial habría conducido al empleo de la violencia para obtener y conservar un acceso directo a los contactos comerciales y a los recursos de Nubia y Canaán demandados por la élite abidena durante los períodos Predinástico y Dinástico Temprano.

Las conquistas habrían dado forma a un poder imperial caracterizado por imponer la sujeción a un gobernante en un territorio de escala hasta entonces desconocida, con una organización que sería debida a un “genio” individual (según un modelo interpretativo que replicará en relación con los gobernantes de períodos posteriores) cuya ambición habría convivido con una extraordinaria capacidad para el mantenimiento de la dominación sobre los territorios y las poblaciones anexionados. Esta configuración imperial que, tal como reconoce la autora, se yuxtapone con determinadas definiciones de Estado, no sería aquí sino una fase que conduciría a la formación del Estado territorial faraónico, esto es, a la consolidación de un orden político impuesto sobre una gran cantidad de comunidades a lo largo del Alto y el Bajo Egipto, contemporáneamente a cierta homogeneización de la cultura material.

La relación de dicho Estado con el Grupo A de la Baja Nubia derivaría, hacia comienzos de la Dinastía I, en lo que S. T. Smith identifica como “imperialismo de erradicación”, si bien Morris incluye en él una tímida referencia a la “agencia” nubia, esto es, a la decisión de la población del Grupo A de huir o modificar sus pautas de asentamiento como modo de escapar a la agresión o a la potencial subyugación imperial. Respecto al Levante meridional, la autora vincula el abandono de puestos de avanzada egipcios con posterioridad al reinado de Narmer con su carácter oneroso y con la posibilidad de obtener ciertos recursos de modos más directos, fuera mediante el cultivo de vides en tierras ocupadas del delta del Nilo, estableciendo contactos intensivos con centros políticos como Biblos, o intensificando la explotación agrícola-ganadera en el valle del Nilo y la exploración de minas y canteras en sus alrededores.

El capítulo 2 (“Settler Colonialism (c. 2400-2181)”, pp. 39-65) presenta básicamente una historia del poblamiento del oasis Dakhla, especialmente durante la fase del “colonialismo de asentamiento” que sitúa hacia fines de la Dinastía V y durante la Dinastía VI. Aquí la autora toma una definición de colonia de G. J. Stein que hace hincapié en la idea de un asentamiento “implantado” por una sociedad en el territorio de otra para la residencia durante un largo período de tiempo. Así, sacando provecho de las investigaciones y reconsideraciones recientes sobre el área y sobre la fortificación de ‘Ain Asil, Morris analiza los contactos y las diferencias entre las formas de organización social y las configuraciones culturales de las poblaciones del Egipto faraónico y aquellas de los habitantes indígenas del oasis que se corresponderían con la cultura material Sheikh Muftah. Tras evaluar la evidencia correspondiente a los períodos Predinástico, Dinástico Temprano y comienzos del Reino Antiguo, se detiene en las fases finales de este último para encontrar en la colonización una forma de facilitar el abastecimiento de las expediciones de intercambio enviadas a través del desierto hasta, al menos, Gilf Kebir y Gebel Uweinat. Complementariamente, el sistema defensivo cuya principal manifestación es la fortificación de ‘Ain Asil, así como la disponibilidad de tierras fértiles, completarían lo que la autora clasifica como tres de las más importantes fuerzas impulsoras del colonialismo de asentamiento en el mundo: comercio, seguridad y sustento.

El capítulo 3 (“Military Occupation (c. 2055-1773)”, pp. 67-88) introduce la cuestión del imperialismo a comienzos del Reino Medio, entendido como el tránsito de una fase de gobierno indirecto en la Baja Nubia (fines de la Dinastía XI) a una fase de ocupación militar mediante la construcción de fortalezas entre la primera y la segunda cataratas (Dinastía XII). Más allá del repaso por los avatares históricos, merecen ser señaladas dos cosas. La primera tiene que ver con una comparación hecha por la autora entre las relaciones del Grupo C con el “imperialismo” del Reino Medio y aquellas de los nuer con el imperio británico a principios del siglo XX. Partiendo de la observación de “similitudes estructurales” como la economía pastoril, los liderazgos no coercitivos y los frecuentes conflictos entre grupos, Morris plantea que el modesto registro tributario de Nubia durante el Reino Medio, sería equivalente a la escasa tributación en recursos humanos y especies impuesta por los británicos a los nuer (más interesados ambos imperios en el territorio que en los ingresos directos). También equipara la presencia imperial de gestión directa con la dificultad, en ambas situaciones, de garantizar intermediarios estables dado el carácter difuso y no coercitivo de las autoridades locales.

La segunda cuestión tiene que ver con la explicación del hecho de que, a diferencia del primer y el segundo períodos intermedios, la cercanía (y eventual convivencia) entre población nubia del Grupo C y las tropas y funcionarios egipcios, ofrece no obstante registros de cultura material que permanecen diferenciados en la Dinastía XII (no tan así, en cambio, en relación con la cultura Pan-Grave atribuida a los “colaboradores” Medjay). La autora identifica en ello, por un lado, un rechazo o desdén faraónico respecto a las pautas culturales nubias que, además de manifestarse en una imagen negativa de las poblaciones del Grupo C y, sobre todo, de Kerma, habría desaprobado tanto la apropiación como la imposición cultural. A ello, siguiendo el modelo de R. J. Horvath recuperado por el egiptólogo S. T. Smith, lo llama “imperialismo de equilibrio”. Por otro lado, Morris intuye la incidencia de una reacción deliberada del Grupo C frente a la presencia y control egipcios en la región que pudo dar lugar a una “resistencia no violenta” consistente en rechazar las formas de vida imperiales. No obstante, el estatus de “resistencia” conferido a la continuidad de prácticas culturales propias resulta confuso, dado que en el punto anterior, tal como hemos señalado, la

autora desestima cualquier intento faraónico de imposición cultural (acaso sería más apropiado hablar de persistencia).

El capítulo 4 (“Transculturation, Collaboration, Colonization (c. 1773-1295)”, pp. 89-116) analiza tres problemas relativos a un período que abarca desde la Dinastía XIII hasta la XVIII. Por un lado, es considerado el devenir colonial de la presencia egipcia en Nubia durante la Dinastía XIII, manifiesto en la conversión de las fortalezas con personal rotativo en “asentamientos civiles” con residencia permanente de soldados, funcionarios y sus respectivas familias (léase, “colonos”). Las razones para este cambio las encuentra, a partir de una mirada comparativa, en la reducción del financiamiento estatal y la disminución de la sensación de amenaza en relación con las poblaciones nubias (si bien permanece atestiguada en la evidencia arqueológica la actividad del Grupo C y de Kerma). Por otro lado, se ahonda en la “hibridación” cultural resultante de los contactos regulares en (y en torno a) la Baja Nubia entre colonos egipcios y poblaciones del Grupo C, Pan-Grave y Kerma. Los indicios genealógicos y arqueológicos relevados en asentamientos como Buhen y Askut y correspondientes al Segundo Período Intermedio conducen a la autora a sugerir que matrimonios mixtos (esto es, de colonos egipcios con mujeres del Grupo C) pudieron dar lugar a un proceso de “transculturación”, según el cual los límites entre ambas formas culturales se habrían desdibujado y, a un mismo tiempo, habrían creado “nuevos constructos culturales” derivados de una “mezcla de las dos tradiciones” (p. 96).

El último problema abordado en este capítulo es el de la “colaboración”. El punto de partida es la reconquista egipcia de la Baja Nubia y la conquista de la Alta Nubia durante la Dinastía XVIII. De acuerdo con la autora, un cambio en la filosofía de gobierno de tales regiones supuso una desviación del modelo imperial del Reino Medio, aunque tenía algún grado de continuidad con procesos iniciados en la Dinastía XIII. Concretamente, lo que llama la atención a Morris es que no se verifica tanto una “remilitarización” de Nubia sino un incremento (en la Baja Nubia) y el establecimiento (en la Alta Nubia) de ciudades fortificadas con un alto componente civil, supervisadas por “alcaldes” que emulaban en cierto modo el orden administrativo del territorio egipcio, junto con el “hijo del rey de Kush” que ejercía como gobernante residente de

Nubia y sus funcionarios subalternos de Kush y Wawat que se asemejaban a los visires del Alto y Bajo Egipto.

Entre las estrategias de integración para sustentar tal organización y garantizar la aceptación de la autoridad faraónica, la autora infiere la construcción de una “religión imperial” mediante la erección de templos dedicados a Amón, divinidad asociada al carnero (que, como animal, era honrado en Kerma) y a la realeza tebana. Pero también identifica el reclutamiento y la remuneración de colaboradores locales, mayormente líderes nubios con jurisdicción sobre comunidades de aldea que pudieron encargarse de la supervisión del pago de tributos y que debieron recibir educación en la corte faraónica. De hecho, el cambio hacia una predominancia de la cultura material egipcia o de carácter egipcio rastreado hasta la tercera catarata revela una diferencia importante respecto a las fases previas y pone en evidencia un proceso de “aculturación” que, lejos de recibirse pasivamente, pudo depender de la decisión de ciertas élites o individuos nubios de aprovechar el contexto colonial para obtener ventajas, por ejemplo, para la promoción social. Por otro lado, los testimonios en inscripciones egipcias de robos de ganado, hostigamiento a contingentes mineros y rebeliones protagonizados por poblaciones nubias darían cuenta de respuestas negativas a la colonización.

El capítulo 5 (“Motivation, Intimidation, Enticement (c. 1550-1295)”, pp. 117-140) está íntegramente dedicado a la Dinastía XVIII y, en su primera parte, a las motivaciones para la expansión que siguió a la expulsión y persecución de los hicsos en el norte y a la reconquista de la Baja Nubia en el sur. La primera de ellas atañe al saqueo, en tanto las sucesivas conquistas debieron redundar en nuevos ingresos, mediante botín y requisas, para el tesoro real y los templos. No obstante, no es presentada una discusión sobre la posibilidad de diferenciar una motivación de lo que pudo ser antes bien un resultado de las campañas militares, o incluso de discriminar el botín como incentivo para las tropas del saqueo como objetivo político estatal.

La segunda motivación señalada por Morris corresponde a la búsqueda de gloria, principalmente por parte de los reyes, que procurarán extender los límites y celebrar sus proezas militares (reales o imaginarias) como parte de la construcción, consolidación o legitimación de poder, pero también por parte de los altos funcionarios militares en un contexto

de profesionalización y de incremento de poder y riquezas de la institución militar. El reconocimiento como par por parte de los Grandes Reyes de la época constituye la tercera motivación, manifestada en el intercambio de dones y en la estipulación de alianzas o pactos. Menos clara en su presentación, la cuarta motivación es la obtención de un ingreso regular mediante la tributación: recursos agrícolas y ganaderos para el financiamiento de la propia estructura imperial (que suponen menos una motivación que una estrategia de sostenimiento) y bienes de prestigio. Inmediatamente, la autora reconoce que estos últimos podían ser obtenidos sin necesidad de la conquista, decantándose por diluir la motivación económica en el valor ideológico de la victoria militar y de la extensión de las fronteras. El resto del capítulo lo dedica al problema del sostenimiento de la autoridad imperial en territorios conquistados mediante el recurso a la coerción o intimidación (predominante hacia comienzos de la dinastía y, posteriormente, entre las entidades políticas que opusieran resistencia o que, en algún punto, se rebelaran al poder faraónico) y a la persuasión o incentivos (como recompensas o dispensas tributarias a los gobernantes que demostraran lealtad, especialmente a partir de mediados de la dinastía).

El capítulo 6 (“Organization and Infrastructure (c. 1458-1295)”, pp. 141-164) lo dedica a los aspectos infraestructurales y organizativos del imperio de la Dinastía XVIII desde el reinado en solitario de Thutmose III (equiparado a otros “gobernantes reformistas” como Genghis Khan, Augusto o Pachacuti Yupanqui), esto es, desde el momento en el que la expansión no anticipada que siguiera a la expulsión de los hicsos da lugar a un proyecto de extensión de los bordes del territorio sustentado en una serie de “reformas” que habrían transformado la “periferia explotada” en un “territorio imperial” propiamente dicho. La primera innovación (que, según la autora, no sobrevive a Thutmose III) consiste en la realización regular de campañas orientadas no sólo a la apropiación de recursos y a la eventual represión de conatos de rebeldía sino también a naturalizar la dominación faraónica entre las poblaciones del norte. En tal lectura, el régimen de visitas regias a territorios sometidos que parece haber involucrado la renovación de juramentos de obediencia y la captura de tributos, es equiparado al ritual de “seguir a Horus” del período Dinástico Temprano. Como éste, las campañas regulares de Thutmose III pudieron tener el fin de naturalizar el gobierno

faraónico mediante una demostración recurrente de poder militar e ideológico, y su decrecimiento posterior pudo relacionarse con la estabilidad de dicha dominación que pudo hacer innecesario el costo que aquellas suponían.

Otras innovaciones que habrían perdurado a lo largo de la dinastía serían: el financiamiento local de los costos imperiales (mediante la apropiación de tierras, el trabajo en corvea de mano de obra local y las requisas y tributos en productos agrícolas), el aprovechamiento de estructuras edilicias preexistentes o construidas por gobernantes y mano de obra locales a la orden del gobierno egipcio, la conformación de tropas auxiliares con recursos humanos y materiales suministrados por los gobernantes “vasallos” (término este último que, aun siendo convencional, hubiera merecido una justificación teórica en el libro), el adoctrinamiento en la corte faraónica de herederos de gobernantes “vasallos”, la creación de lazos familiares mediante matrimonios diplomáticos, entre otras. Si bien algunas de tales reformas pudieron tener antecedentes en épocas pasadas (por ejemplo, el empleo de tropas auxiliares), el conjunto define a un novedoso y “rentable” sistema imperial de tipo indirecto o hegemónico.

Más al norte, en lo que son hoy Siria meridional, el Líbano y el norte de Israel, las ciudades y reinos aliados funcionaban, de acuerdo con la autora, más bien como Estados clientes que conservaban un grado importante de autonomía y la posibilidad de mudar de “patrón”, toda vez que se situaban en regiones a las que el ejército egipcio podía llegar pero eran difíciles de conquistar, no sólo por la lejanía sino también por el hecho de hallarse cercanas a otros regímenes “imperiales”.

El complemento necesario a tales consideraciones, presentado en el capítulo 7 (“Outwitting the State (c. 1362-1332)”, pp. 165-186), viene dado por el relevamiento de las diversas estrategias de contrapeso al poder imperial. Éstas pueden ser identificadas en las Cartas de Amarna para un período de tres décadas pero, según la autora, pudieron practicarse en mayor o menor grado a lo largo de los cuatro siglos de dominación imperial en Siria-Palestina. Para evaluar tales estrategias toma prestados análisis como los contenidos en el volumen editado por el antropólogo Peter Skalník, *Outwitting the State* (1989) y en el libro de

James C. Scott, *The Art of Not Being Governed* (2009). Aquí incluye el movimiento de población campesina de unas ciudades a otras o, incluso, a las montañas como método de evasión de unas tributaciones opresivas y de eventuales situaciones de guerra y hambre (por ejemplo, la huida progresiva de sectores campesinos de Biblos comunicada por Rib-Hadda al faraón, o las conocidas referencias a los ‘Apiru); el asesinato de gobernantes o líderes locales al servicio del faraón (por ejemplo, las referencias de Rib-Hadda sobre las acciones y prescripciones de los ‘Apiru contra él mismo y contra otros); la mudanza de lealtad de un Gran Rey a otro según la conveniencia, sustentada en el principio de sujeción “voluntaria” (por ejemplo, los “vasallos” del norte de Siria que mueven su fidelidad hacia el rey hitita); entre otras en las que abundan los ejemplos –restaría por estimar hasta qué punto representativos– de la muy particular situación de Amuru.

El capítulo 8 (“Conversions and Contractions in Egypt’s Northern Empire (c. 1295-1136)”, pp. 187-221) trata acerca de la parte septentrional del imperio durante la Dinastía XIX y comienzos de la XX, hasta el reinado de Ramesses VI inclusive. El capítulo 9 (“Conversions and Contractions in Egypt’s Southern Empire (c. 1550-1069)”, pp. 223-252), por su parte, hace lo propio acerca de las regiones meridionales durante las dinastías XVIII-XX. En ambos, el problema articulador es lo que la autora llama “conversiones”, según las cuales “la relación dialógica entre las políticas imperiales y la respuesta local transformó el carácter de estas dos regiones dominadas hasta parecerse poco a los lugares que habían sido durante la infancia del imperio” (p. 187).

El militarismo de la Dinastía XIX, que Morris entiende como una reacción a la política exterior del período amarniano, habría sumado al expansionismo militar una importante inversión en infraestructura militar en el delta oriental y el norte del Sinaí (el Camino de Horus) y en el delta occidental y el norte de Libia, con funcionalidades a la vez defensivas y de aprovisionamiento para expediciones, viajeros y mensajeros. Otra característica del período, inferida a partir de la frecuencia de edificaciones y cultura material de estilo egipcio en el registro arqueológico del Levante, habría sido la intensificación allí de la presencia imperial pero, también, un tránsito de formas indirectas de gobierno a lo que pudo constituir una anexión, sostenida en buena medida en la instalación de bases

militares y administrativas. Las reacciones locales habrían oscilado, por su parte, entre la colaboración (que parece haberse vinculado en ocasiones con pausas de “transculturación” y con la “conversión” hacia modos de vida, prácticas mortuorias e incluso, por parte de élites indígenas, exhibiciones de poder y de estatus de tipo egipcio) y la resistencia activa o pasiva.

Con posterioridad a la particular situación que supuso el cambio del siglo XIII al XII y el accionar militar de Ramesses III frente a invasiones o incursiones en el delta del Nilo y Canaán, es atestiguada una renovada inversión en las bases egipcias en el Levante meridional que incorporaría, a la vez, el establecimiento de instalaciones productivas al servicio del rey o de los templos en simultáneo con la imposición del culto a divinidades egipcias y al rey, forzando incluso a las poblaciones cananeas a conducir los tributos a dichos templos en lo que pudo ser una estrategia de (intento de) “conversión político-religiosa”. En cualquier caso, el “potente carácter de desorden interno, mezclado y agitado con sucesivas salpicaduras de invasiones extranjeras, precipitó la ignominiosa caída del imperio” (p. 217), verificándose una “contracción” del territorio dominado por el rey de Egipto, cuyo último exponente con presencia en Canaán fue Ramesses VI.

En cuanto al sur, tras ofrecer un breve repaso por los cambios abordados en el capítulo 4, Morris analiza tres “conversiones” significativas. La primera corresponde al medioambiente artificial, dado el estilo egipcio de los asentamientos coloniales amurallados construidos en la Baja y la Alta Nubia; la segunda atañe a la transformación del paisaje religioso a través de la construcción y refacción de templos y capillas en asentamientos egipcios y en lugares que pudieron tener alguna connotación religiosa propia de las poblaciones nubias, concomitante con la difusión entre éstas del culto a Amón y a otras divinidades egipcias (incluido el rey-dios), en ocasiones operada mediante asociación con entidades divinas de tradición local y que, a diferencia de lo que sucedería en Siria-Palestina, sobreviviría a la retracción imperial posterior; la tercera conversión es aquella que, por efecto de la apropiación, concesión o dedicación de tierras cultivables a los templos y estatuas, transformó la economía predominantemente pastoril de Nubia en una economía de plantación, replicando el sistema de fincas institucionales del territorio egipcio

pero poniéndolas, mayormente, bajo administración inmediata de individuos de las élites locales.

Respecto a las “contracciones” imperiales que concluirían por hacer retroceder el límite meridional del Estado egipcio hacia la primera catarata y darían comienzo al Tercer Período Intermedio, Morris señala la particularidad de que, vía la configuración de una “identidad poscolonial”, aquéllas habrían estimulado el “nacimiento” del Estado nubio con centro en Napata, caracterizado por combinar el rechazo y la conservación de elementos culturales egipcios con la reivindicación de pautas tradicionales nubias de indudable significación ideológica y política.

El epílogo (pp. 253-267) propone un ejercicio de confrontación de las imágenes y textos alusivos a una ceremonia de tributación del reinado de Akhenaten, con los contenidos de otras fuentes como, sobre todo, las cartas de Amarna. El propósito de tal ejercicio consiste en visibilizar qué es lo que, al menos durante dicho reinado, una representación visual revela sobre la dominación imperial (en este caso, la prevalencia de una economía de bienes de prestigio, el interés tanto económico como simbólico-político por despojar a las poblaciones conquistadas de sus recursos materiales y humanos, y la búsqueda estratégica de colaboración política o militar de individuos o grupos de tales poblaciones), pero también qué es lo que ella oculta (por ejemplo, “las experiencias discrepantes” –concepto que recupera de Edward Said en relación con las disímiles actitudes de los actores insertos en una situación imperial–, o la frecuente renuencia de los gobernantes “vasallos” por concurrir personalmente a la corte egipcia y humillarse ante el faraón).

A pesar de su orientación a un público general, este libro cuenta con un riguroso aparato erudito que incluye notas al final de cada capítulo y una lista bibliográfica que, si no siempre completa, está ciertamente actualizada. También suma algunos mapas y figuras y un útil índice onomástico. Si bien se hace notoria la falta de profundidad teórica en torno a problemas como la discriminación imperio/Estado o el uso de ciertas categorías (gobernantes “vasallos”, entre otras), el fuerte de este trabajo radica en el sólido ejercicio comparativo y en su deliberado anacronismo que, con fortalezas y limitaciones, habilita un diálogo con prácticas e ideas contemporáneas. En suma, este libro puede leerse como un texto de historia, como un manual de estrategia imperial (basta prestar atención a los títulos de capítulos y apartados) o, acaso complementariamente, como una intervención intelectual sobre una materia que viene convocando a las buenas –y malas– conciencias desde hace siglos y que puede resumirse, más allá de las escalas, en el problema de la dominación política.

Bibliografía

- » Morris, E. F. (2005). *The Architecture of Imperialism: Military Bases and the Evolution of Foreign Policy in Egypt's New Kingdom* (PdÄ 22). Leiden: E. J. Brill.
- » Scott, J. C. (2009). *The Art of Not Being Governed*. New Haven-Londres: Yale University Press.
- » Skalník, P. (1989). *Outwitting the State*. Londres: Routledge.